

pueblos modernos le consagran. Ser libre entre los antiguos quería decir ser soberano. Los ciudadanos ejercían el poder soberano, y en esto consistía su libertad. Ser libre en los pueblos modernos quiere decir que se gozan ciertos derechos que Dios ha dado al hombre como tal, y de los cuales ninguna potencia humana alcanzará á despojarle. ¿Cuál es la noción verdadera de la libertad? Nuestras constituciones responden á la cuestión; todas comienzan por una declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. No nos tendríamos por libres si no gozáramos la libertad religiosa, la libertad de la prensa, si nuestras personas y nuestros bienes no estuviesen al abrigo de la arbitrariedad, aun cuando ésta proceda de la ley. En tanto, los antiguos, aun siendo soberanos, no reconocían derechos naturales al hombre; el ciudadano tenía los suyos del Estado, que podía de ellos despojarle; de suerte que era á la par soberano y esclavo. La libertad que puede degenerar en servidumbre es una falsa libertad. Así la libertad moderna es la única verdadera. Resta solamente añadir que los derechos del hombre requieren una garantía, cuya garantía se encuentra en el ejercicio del poder soberano por la nación ó por sus mandatarios.

¿De dónde han recibido este espíritu de libertad los pueblos modernos? Si se quiere encontrar la raíz, hay que penetrar en las profundidades del genio germánico: el espíritu de individualidad de los Germanos ha producido la libertad moderna; ¿se quiere la prueba? El origen histórico de nuestros derechos remonta á la Edad Media, á la feudalidad, y el régimen feudal es esencialmente germánico. Cuando se dice que los pueblos modernos toman de los Germanos su pasión de libertad individual, se habla principalmente de los pueblos de origen germánico. Los pueblos de civilización latina se conservan imbuidos de la idea que los Romanos tenían de la libertad; se creen libres cuando son soberanos, y confunden la libertad con la igualdad. Esto pasa en Francia por lo ménos. De esta oposición de sentimientos entre la nación francesa y las naciones germánicas ha nacido una doctrina, si tal nombre merece, que considera á los Latinos y á los Germanos como razas distintas con un destino diferente, las unas amantes de la igualdad, aun cuando sea bajo el régimen del despotismo, las otras buscando, ante todo, la libertad.

No se limita á eso la oposición entre Latinos y Germanos. Las razas tienen su ambición; cada una quiere ser la privilegiada, la escogida entre todas. Esta rivalidad penetra hasta en el dominio de la ciencia. Escuchad á los germanistas: "Cuanto de bello y grande hay en nuestra civilización procede de los Germanos; á ellos pertenece el imperio del mundo. Las naciones latinas degeneran; la Francia, por más que se proclame la gran nación, está en plena decadencia. El porvenir es de la raza germánica. Ella ha salvado ya dos veces á la humanidad de la muerte, destruyendo primero el despotismo de Roma pagana, destruyendo despues otro despotismo todavía más envilecido, el de Roma católica; ella la salvará aun de la decrepitud que la amenazaría bajo el régimen de las naciones latinas," (1). Los Latinos tienen un espíritu no ménos invasor, y desprecian á los rudos Bárbaros que hollaron el imperio para devastarlo. Están orgullosos de su civilización, herencia de la antigüedad; aman la igualdad con pasión, y dicen que los hombres no son libres mientras haya entre ellos la menor desigualdad. La libertad, con intervención de la aristocracia, no les ofrece ningún atractivo, y prefieren la igualdad bajo un César. Más de una vez han aspirado las naciones latinas al imperio del mundo, y todavía sustentan su ambición.

Así se reproduce una lucha de raza en el seno de poblaciones que pertenecen en realidad á la misma raza. Hay ciertamente diferencias de genio entre los Latinos y los Germanos, como las hay entre los Indo-Europeos y los Semitas. Pero si se elevára este hecho á teoría, sus consecuencias serían las que acabamos de señalar. Los excesos á que el sistema de las razas conduce prueban, mejor que el razonamiento, su falsedad. Comienza por dividir á la humanidad en una raza dominante y otras razas inferiores. En el seno de la raza superior hay todavía una rama más noble, la de los Indo-Europeos, á la que corresponde el imperio del mundo. En esta misma superior se establece una nueva distinción: todos son llamados, pero no todos son elegidos; los unos crecen y extienden su dominación sobre la tierra; los otros declinan y decaen. El imperio del mundo corresponde á los Germanos; pero ¿no hay entre éstos sus escogidos,

(1) Véase la parte quinta de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

seres que se distinguen por una capacidad superior? De elegidos en elegidos, llegaríamos á una aristocracia poco numerosa que reivindicaría la dominación sobre todo el género humano; ¿qué ganaría la libertad con tal sistema? Todo se convierte en una cuestión de sangre. El que tenga en sus venas sangre latina deberá contentarse con el régimen de los Césares y considerarse dichoso si no es arrastrado fatalmente á una inevitable decadencia. El que tenga en sus venas sangre germana será libre, tanto más libre cuanto mayor sea la cantidad de sangre. Habrá, pues, en el seno de la misma nación hombres libres por excelencia, los puros Germanos, y otros que lo serán ménos ó no lo serán del todo, porque tienen sangre latina en sus venas. ¡Otra vez la desigualdad radical, la casta ó la esclavitud!

¿Á qué se reducen en este orden de ideas el progreso y la educación de la humanidad? Desde el momento que la sangre lo domina todo, habrá que corregir la sangre para perfeccionar al hombre. Suponiendo esto posible, ¿podrá llamarse progreso y educación el resultado de una infusión de sangre germana? ¿Puede decirse que los animales progresan cuando se llega á obtener una especie nueva por un cruzamiento de razas? Aun esto es imposible respecto al hombre, porque la sangre germana, al mezclarse con la latina, se debilita; la raza superior, al unirse con la inferior, decae; por tanto, resultará decadencia en vez de perfeccionamiento; ¿qué recurso cabe, por tanto, á los hombres de sangre pura? Conservar cuidadosamente su pureza y evitar toda mezcla, toda alianza que pudiera corromperla. Héros aquí de nuevo dentro del sistema de castas, de la odiosa distinción entre seres puros é impuros, lo que en definitiva se reduce al régimen de la inmovilidad absoluta.

¿Qué papel desempeña Dios en este sistema? Él es el principio de la división del género humano en razas esencialmente diversas; Él quien quiere que haya razas de hombres semejantes á los animales; otras que no pasarán jamás de una cultura material más ó ménos perfeccionada; por último, otras privilegiadas, y en su seno, escogidos entre los escogidos. En esas sociedades de escogidos, la sangre y la materia determinarán de antemano la superioridad radical de los unos, la inferioridad radical de los otros; esto ¿no es transportar á la historia la distinción entre elegidos y condenados?

La conciencia humana se rebela contra el paraíso y el infierno, y se rebelará más aun contra una doctrina que tiende á convertir esta concepción imaginaria en una espantosa realidad. Apresurémonos á añadir que Dios nos ha revelado sus designios en los hechos que se desarrollan sucesivamente en la vida de la humanidad. La historia da un mentís absoluto al sistema de razas.

Desde la más remota antigüedad llama la atención del historiador un espectáculo, la mezcla de las poblaciones que habitan la tierra. La guerra primero, el comercio despues las mezclan incesantemente; de aquí resulta un movimiento prodigioso de pueblos y una fusión incesante de las razas que cubren el globo. Este movimiento continúa desde hace millares de millares de años; y ¿á qué tiende? ¿Á encerrar cada raza dentro de cierto territorio? ¿Á separar dentro de cada Estado á los hombres segun su origen? Por el contrario, tiende á constituir las naciones por la mezcla de las razas; de suerte que al límite extremo de esta obra secular cesará la distinción de razas para dar lugar á la división de nacionalidades. Desde entonces, en los Estados de Europa, será imposible distinguir un hombre de raza germánica de otro de raza latina. No hay una sola nación que represente una raza exclusiva. Bajo el punto de vista de la teoría de las razas, se consideraría esta mezcla impura una degeneración, una decadencia. Léjos de ello, las naciones más mezcladas son también las más progresivas. Tomemos los dos extremos. La China debe á la muralla que la rodea su aislamiento y su inmovilidad, la pureza de su sangre y su decrepitud. La Inglaterra, por el contrario, sólo en apariencia está separada del resto del mundo; el mar que la baña, léjos de aislarla, la pone en contacto con todo el género humano, por la guerra, la industria y el comercio: no hay nación más mezclada, ni tampoco más progresiva.

La historia nos revela los designios de Dios y de su gobierno providencial. Sería absurdo negar la influencia de raza, cuando es uno de los elementos de variedad que Dios ha derramado á manos llenas en la creación. Pero hay una unidad superior que domina esta diversidad. La humanidad es una, á pesar de las diferencias de raza; el fin que persigue es uno, á pesar de las sendas diversas que Dios le ha abierto para alcanzarle. Tal diversidad ha sido necesaria, en razón de la riqueza in-

finita de nuestras facultades. Cada nacion tiene su empleo en el desarrollo de las facultades humanas; cada una representa un elemento de la humanidad, y el concurso armonioso de todos esos elementos diversos constituye la unidad humana. Dios vela porque todos concurran al mismo fin, y en Dios reside el principio de unidad, porque está en todas las naciones y todas las naciones viven en él.

Esto nos enseña la historia, y ésta justifica á Dios, bajo el sentido que el espectáculo del gobierno providencial nos reconcilia con nuestro destino. No hay puros ni impuros para Dios; cada pueblo tiene su mision, y toda mision es santa, lo mismo la de los rudos trabajadores que comenzaron la lucha de la industria contra la naturaleza, que la de los pueblos que brillan por los dones de la inteligencia. La misma humanidad llena siempre sus diversas funciones con relacion á los tiempos y á los parajes, desarrollándose progresivamente bajo la mano de Dios. En esta marcha incesante hácia el fin que Dios le ha asignado, hay progreso continuo respecto á la unidad, es decir, con relacion á ese fin ideal. Pero la diversidad subsistirá siempre; si las razas se funden, las naciones no perecen; antes cada dia tendrán mayor conciencia de que trabajan en una obra comun. Ninguna se creará superior á la otra. Si ésta tiene el genio de la religion y aquélla el del libre pensamiento, ambas tendrán en cuenta que la filosofia y la religion son hermanas, que persiguen un mismo fin y que aspiran á la misma perfeccion. Si una tiene el espíritu de libertad y la otra el de igualdad, ambas tendrán en cuenta tambien que no cabe verdadera igualdad sino en el seno de la libertad, ni libertad completa donde la igualdad no fuere completa. El comercio que Dios establece entre ellas comunicará á todas el fruto del trabajo de cada una. Los Semitas han dado la religion á la humanidad, y hay, sin embargo, quien diga que son una raza inferior, cuando la religion es el instrumento providencial de nuestra educacion! Á su vez los Indo-Europeos vendrán con su espíritu filosófico á corregir lo que tienen las religiones de estrecho y de exclusivo, dando á la humanidad un dón tan precioso como la religion, el libre pensamiento. Los Germanos nos han dado el espíritu de libertad, y la humanidad jamas olvidará este beneficio; los Latinos aprenderán en la escuela de sus hermanos á ser libres, y darán á los Germanos la igualdad,

el derecho, la unidad que les faltaban. Todas las naciones deben llegar á la libertad y la igualdad, y todas deben amalgamar el sentimiento religioso con el libre pensamiento. Hé aquí el término ideal de la educacion á que preside la Providencia. Esta filosofia de la historia, al mismo tiempo que justifica á Dios, consuela y fortifica á los hombres, en tanto que el fatalismo de raza, de naturaleza ó de clima, desespera á los hombres que lo toman en serio, y les hace dudar de Dios, porque le destierra de la historia, sujetándole á representar un papel tan odioso, que obliga á los hombres á desear que no exista.

§ V.—El fatalismo revolucionario.—Thiers.

I.

Se acusa á los historiadores de fatalismo á la Revolucion francesa; se dice que toman siempre partido por el vencedor contra el vencido, por la Constituyente contra la realza, por la república contra los constituyentes, por el terror contra los girondinos, por los golpes de Estado del Directorio contra los realistas, por las violencias de Bonaparte contra el régimen directorial, por los excesos del emperador contra la Europa, y por la Europa coaligada contra el emperador. ¿Adónde lleva esta glorificacion de la victoria? ¿A glorificar el triunfo de la fuerza; á gritar con el viejo Galo: ¡desdichados los vencidos, viva el vencedor! A habituar á los hombres á plegarse ante la fuerza; ¿qué digo? á adorarla como la expresion de la voluntad de Dios ó del imperio del destino, á destruir la idea del derecho, y por ende á hacer la libertad imposible. No preguntaremos en qué se convierte la filosofia de la historia dentro del fatalismo de la fuerza; porque ¿cabe acaso filosofia, es decir, pensamiento libre, donde la fuerza brutal reina? ¿Cabe un gobierno providencial cuando se convierte á Dios en cómplice de todas las violencias que triunfan? Tanto valdría adorar á Su Majestad el Azar. Tampoco cabe progreso, porque éste implica la libre actividad del hombre, y en el fatalismo de la fuerza no queda sitio para la libertad.

Este fatalismo es la más envilecida de las doctrinas. Pide la justicia, sin embargo, que no se haga responsables de los errores y de los excesos que han conducido á la adoracion de la fuerza á

los historiadores de la Revolucion. A decir verdad, son éstos los órganos de los sentimientos y de las ideas que reinan en la sociedad francesa; pero la Revolucion es la verdadera culpable, sin que al acusarla pretendamos en manera alguna repudiar el magnífico impulso del 89, ni la filosofia que lo preparó. Nuestras más queridas ideas han triunfado en 89, y veneramos como mártires, como santos de la humanidad, á los hombres que dieron su vida por hacerlas triunfar; pero la Revolucion no permaneció fiel al espíritu de libertad que animaba á los filósofos y á los constituyentes. Extravióla un error fatal: quiso establecer la república sobre las ruinas de la realza, y la Francia no era republicana; de aquí una lucha encarnizada entre una minoridad entusiasta de libertad, de democracia, y la masa de la nacion, que permanecía monárquica. Los demócratas creyeron que la salvacion del género humano dependía del sostenimiento de la república, y ante este supremo interes desaparecian los intereses y hasta los derechos de los individuos. La salvacion pública es la suprema ley: á este ídolo, la Convencion primero, el Directorio despues, Napoleon en fin, inmolaron los derechos más preciosos de los ciudadanos, es decir, que aniquilaron la libertad pretendiendo salvarla. Resta á la Francia la soberanía del pueblo y la igualdad; pero ¿qué significa esa soberanía donde el pueblo no tiene derechos? ¿Qué significa esa igualdad donde reina el despotismo?

Los Franceses pagaron caro la sombra de soberanía y de igualdad que les quedó como fruto de las heroicas luchas de la Revolucion: perdieron el sentimiento del derecho, y no conservaron sino el culto de la fuerza. Habían visto alternativamente á los girondinos recurrir á la fuerza para destruir la monarquía; á los demócratas del 93 levantar la guillotina permanente para aniquilar á los enemigos de la República; al Directorio dar golpe de Estado sobre golpe de Estado para impedir á los realistas llegar al poder; á un soldado de genio, en fin, reinar sobre el mundo por la fuerza. ¿Cómo no había de creer la nacion en el derecho del más fuerte? No es la Francia la única culpable. ¿Á qué se reduce la política real, desde que los reyes son amos, sino á una relajacion de fuerza? El siglo XVIII vió á un rey libre pensador, á una emperatriz incrédula y á una reina devota ligarse para arrebatar á una nacion generosa la libertad y

la vida. Si la inteligencia y el poder hubieran igualado á la voluntad, los reyes coaligados contra la Revolucion hubieran tratado á la Francia como habían tratado á la Polonia. Sus ataques incesantes excusan los excesos de los revolucionarios y de Napoleon, ó por ménos los explican. Cuando, gracias al heroico levantamiento de los pueblos, la coalicion venció al invencible, imitó sus violencias en un congreso que hubiera debido cumplir la mision de consolidar el imperio del derecho. Los hombres, testigos de los abusos de fuerza cometidos por los mismos que estaban acostumbrados á reverenciar como órganos del verdadero Dios, ¿no habían de concluir por adorar la fuerza?

Hé ahí los verdaderos culpables. Los reyes han dado, durante siglos, el ejemplo de la violencia brutal; la Revolucion cometió el error de seguirle, cuando debió rechazar la herencia de la política real al hacer rodar sobre el cadalso la cabeza de un rey; tambien los historiadores se han dejado arrastrar por la influencia de los hechos y por la autoridad de los que presidieron á los destinos de la Francia revolucionaria. Son excusables, sin duda, por haber obedecido á la tendencia general de los espíritus, pero añadiendo que faltaron á la mision que incumbe á la historia frente á la fuerza triunfante; léjos de unir su voz á las aclamaciones de sus contemporáneos, debe la historia elevarla en favor del derecho eterno. Mr. Thiers merece este reproche, que no le ha faltado y del cual tampoco le librarémos por nuestra parte. Todavía es más culpable que los mismos actores de la Revolucion, porque éstos participaban necesariamente de las pasiones en medio de las cuales vivían y estaban dominados por las circunstancias. Despues de todo, los hechos á que prestaron su concurso, por más que en ellos reinara la fuerza, no tienen la accion desmoralizadora que ejerce la doctrina cuando eleva la violencia á la altura de una teoría. Las ideas y no los hechos gobiernan al mundo. Un hecho es reemplazado por otro hecho contrario, la fuerza es destruida por el derecho; pero cuando los hombres confunden la fuerza con el derecho, entonces no queda espacio ni para el derecho ni para la libertad, no hay porvenir para las sociedades.

II.

Mr. Thiers, dice uno de sus críticos más juiciosos, profesa una inmensa admiracion á todo lo que